***Pensamiento al margen*. Revista Digital de Ideas Políticas**. Número 16 (2022), pp. 199-219
ISSN: 2386-6098. www.pensamientoalmargen.com

Forti, Steven. (2021). *Extrema derecha 2.0. Qué es y cómo combatirla*. Madrid: Siglo XXI de España Editores. ISBN: 978-84-323-2030-9.

Reseñado por: Beatriz Gracia Arce. *Universidad de Murcia (bga02601@um.es)*.
Recibida: 21/03/22. Aceptada: 20/04/22

Los cambios políticos, económicos y sociales que se han dado en los últimos veinte años se han materializado en la eclosión y metamorfosis de la extrema derecha. Convirtiéndose en un fenómeno social y político global. Lejos de la imagen de la extrema derecha de los años treinta, marcada por la militarización, el encuadramiento y un discurso claramente antiliberal, antidemocrático, violento, anticomunista, antisemita, etc. Nos encontramos con un fenómeno mucho más complejo y diverso en un espacio geográfico que va más allá del ámbito europeo.

Steven Forti elabora un acercamiento a este fenómeno a través de una estructura clara para vislumbrar en qué consiste la extrema derecha actual. El texto está dividido en cuatro bloques. El primer bloque, se centra en definir el concepto que acuña el propio autor para referirse a la extrema derecha actual, esto es, «extrema derecha 2.0». La cual se entiende por las distintas opciones políticas que, sobre todo, toman notoriedad en Europa desde el fracaso de la Constitución europea en 2005 y se aceleró con el estallido de la crisis económica entre 2008 y 2015, con lo que ello trascendió sobre la credibilidad de las instituciones políticas y económicas ante la fractura social que provocaron las medidas de austeridad en el caso europeo; o bien, como esta fractura social en EEUU derivó en una vuelta a las esencias más conservadoras estadounidenses. Una de las preguntas fundamentales que se hace el autor en esta primera parte es ¿populismo o fascismo? Es decir, podemos categorizar al Frente Nacional de Le Pen, la Liga de Matteo Salvini, Vox, ¡Chega!, el «trumpismo» o el caso de Orbán en Hungría y movimientos similares del espacio postsoviético, como simple populismo o podemos concluir, como Traverso, entender el populismo como un adjetivo, es decir, como una característica propia de esta «extrema derecha 2.0». El otro eje en el que se mueve es el de situar el fenómeno más allá del fascismo clásico de los años treinta y situar los movimientos políticos y sociales actuales citados dentro del concepto «ultraderecha».

En la segunda parte, Forti define su concepto de «extrema derecha 2.0», partiendo de la premisa de que nos encontramos ante un fenómeno radicalmente nuevo, lejos del partido milicia fascista de la época de entreguerras, pero que tampoco podemos banalizar dentro del término populismo que engloba prácticas y sentires diferentes, aunque sea parte de la herramienta que utiliza esta nueva ultraderecha, junto al uso de las nuevas tecnologías y las redes sociales como vehículo de difusión.

Uno de los puntos acertados y claves de la obra de Forti radica en mostrar el carácter heterogéneo de esta nueva ultraderecha. Señala claras divergencias entre las distintas formaciones en el plano económico, en valores,

geopolíticas. En el plano económico nos encontramos desde la propuesta de un Estado social restrictivo del Frente Nacional a posturas claramente enmarcadas dentro de lo ultraliberal o neoliberal (Vox, Chega!). Mientras que el PIS polaco o la Hungría de Orbán juegan en la esfera antineoliberal o incluso neoliberal unido a políticas sociales.

En el espectro de los valores las extremas derechas van a manifestar un discurso claramente anti LGTBI combinado en los países de raíz católica u ortodoxa de un conservadurismo duro. A nivel geopolítico vamos a encontrar distintos caminos. Si observamos la Europa del Este, los países que estuvieron bajo la órbita soviética tienen una postura de oposición a Rusia y consideran a Estados Unidos y la OTAN como valedores de la independencia, mucho más desde el estallido de la Guerra del Donbás. Mientras, en la Europa más occidental el origen de los partidos de ultraderecha viene de la escisión de los grandes partidos conservadores, es el caso de España y Portugal; mientras que Francia, Italia o Austria no vienen de una escisión política sino más bien de la evolución de movimientos o partidos preexistentes de carácter posfascista como el MSI. El caso de Francia e Italia es paradigmático pues tienen un discurso anti OTAN o de defensa de un alejamiento del paternalismo estadounidense. Lo que ha conducido a la nueva ultraderecha europea a alinearse con la Rusia de Putin, un claro ejemplo es el posicionamiento de Orbán, quien ha defendido la postura de Rusia en Siria o con la ocupación de Crimea en 2024. Tal vez, con el fin último de beneficiarse de las oligarquías económicas rusas.

La tesis que baraja de marcar la diferencia entre la extrema derecha 2.0 como algo nuevo con respecto al fascismo histórico, aunque permanezcan elementos de continuidad, es fundamental para analizar la tercera parte de este ensayo, centrada en el análisis de las armas que emplea la extrema derecha actual. En un mundo globalizado y eminentemente conectado por la red, los medios de información digital y las redes sociales son el arma que, usada para fijar y construir su discurso, consigue elevar y multiplicar su difusión. Por tanto, en la era de la posverdad crear confusión, polarizar a la sociedad, difundir «*fake news*» en medios que se autoproclaman alternativos es vital para esta nueva extrema derecha. Pero, cuáles van a ser las estrategias y técnicas de propaganda empleadas: un relato basado en las emociones y sentimientos, basta recordar el «Make America Great Again». Una de las técnicas más elaboradas es toda la suerte de mecanismos para controlar el impacto de las redes, como apropiarse de los *hashtag* de los oponentes para lanzar sus ideas. Ejemplo del dominio es la «la bestia» que construyó Salvini. Todo ello, con un claro objetivo de guerra cultural, porque quién consigue la hegemonía cultural es quien construye el relato oficial.

Uno de los bloques significativos en esta lucha por la construcción del relato, plantea el rojipardismo como síntoma en un mundo con serias contradicciones derivadas de la globalización, convergen sectores de la extrema derecha y extrema izquierda, y ese rojipardismo que se dibujó en el periodo de entreguerras, por ejemplo, aparece en el universo actual en el momento en el que ciertos grupos de extrema derecha adoptan la retórica y lemas de la izquierda. En este sentido, uno de los conceptos puente van a ser el patriotismo y el soberanismo, que va a impregnar tanto discursos patrióticos de Farage en la campaña del *Brexit*, como del soberanismo de La Francia Insumisa de Mélenchon.

En este punto de lucha de superposición de discursos y proyectos, uno de los grandes debates en los últimos años es cómo la clase trabajadora,

inmersa en el nuevo escenario neoliberal y proceso desregularizador de la globalización, ha optado por votar a la extrema derecha. Uno de los casos paradigmáticos es la victoria de Trump de 2016 quien fue apoyado por la clase obrera del Medio Oeste, que ejemplifica como en los lugares donde la extrema derecha no procede de una escisión de los partidos conservadores tradicionales y ha planteado un discurso destinado a los olvidados de la globalización, ha habido un voto de la clase trabajadora a la extrema derecha. Algo que hasta las últimas elecciones en España no cumple Vox ni con su dinámica interna particular, tampoco Francia, o Gran Bretaña.

El cuarto bloque del ensayo de Forti incide en dar las claves para combatir a la extrema derecha, en un ejercicio necesario por no ser exclusivamente una obra descriptiva sino que arme para contrarrestar la escalada de la extrema derecha actual. El conocimiento y el estudio para entender las razones de su avance hasta convertirse en una fuerza hegemónica. Podemos después de sus lecturas convenir que se trata de un fenómeno global, con sus peculiaridades nacionales con una serie de puntos de convergencia, estos son: la situación económica debido a la debilitación del Estado de bienestar, la precariedad laboral, la polarización social a través de cuestiones culturales que ponen en entredicho los cimientos tradicionales, como son los derechos a las minorías, la inmigración, el feminismo, etc. La crisis de la democracia liberal representativa, la crisis de las ideologías, valores y referentes.

Ante esta realidad llena de matices no sirve una respuesta simple, sino una respuesta poliédrica que sepa responder al problema de fondo que en cada uno de los escenarios. Por otra parte, es vital que las instituciones democráticas creen un «cordón sanitario» para evitar la infiltración de la ultraderecha en las instituciones que sería el primer dique para frenar el avance. En el ámbito europeo se deben crear mecanismos para que en las instituciones europeas se pueda actuar frente a gobiernos que no respetan el Estado de derecho, como son los casos de Hungría o Polonia. Además, se debe promover, según Forti, la investigación de las conductas antidemocráticas, ilegales o alegales. Vigilar de dónde llega su financiación, perseguir los discursos del odio en redes, así como que se desarrollen organismos que combatan la desinformación y la viralización de las "fake news". Los medios de comunicación, como altavoz de estas ideas, deben hacer un ejercicio de crítica y también de ética. Estas propuestas desde arriba se deben unir a una respuesta desde abajo con los movimientos sociales, colectivos antifascistas, feministas que articulen un movimiento antifascista que sea un contrapeso al discurso envenenado de la ultraderecha, pero también desde la izquierda tradicional no se puede mirar hacia otro lado. Forti señala su responsabilidad en el crecimiento del monstruo de la extrema derecha, evitando comprar ni el mínimo resquicio del discurso de la derecha, el rojopardismo solo acelera el avance de la ultraderecha, y apostar por salir de su zona de confort para hacer pactos con partidos y actores sociales políticamente lejanos que frenen la hegemonía ultraderechista.

En conclusión, el ensayo de Forti es una buena aproximación a la ultraderecha actual y sus realidades diversas dependiendo de los escenarios que nos movemos con unas armas claras en el espacio digital que extiende las redes del monstruo hasta límites casi imperceptibles. Sin lugar a dudas, lo planteado en esta obra es uno de los grandes retos políticos y sociales a superar en el momento actual y en el medio-largo plazo en un mundo en pleno reordenamiento de los ejes de poder, y

con una capacidad de cambio mucho más rápida que en coyunturas pasadas que tuvieron como horizonte una realidad fascista.

Finchelstein, Federico. (2021). *Breve historia de la mentira fascista*. Buenos Aires: Taurus. ISBN: 978-987-737-057-7.
Reseñado por: Javier Noble Antas. *Universidad de Murcia (negrotaita@hotmail.com)*.
Recibida: 27/02/22. Aceptada: 20/03/22

El libro *Breve historia de la mentira fascista* constituye un nuevo intento de establecer continuidades entre la actual situación política y el tratamiento psicótico que el fascismo hizo de su relación con la verdad. El texto se distribuye en diez capítulos, una Introducción, un Epílogo y un Prefacio a la edición castellana, firmado en noviembre de 2020.

A lo largo del texto se acumulan un gran conjunto de citas y pasajes textuales de verdaderas manifestaciones delirantes de actores políticos protagónicos y también de intelectuales y pensadores, designados en todos los casos como fascistas o nazis: Mussolini, Hitler, Franco, Giménez Caballero, Filippo, Salgado, Cardozo, Euzcadi, Vasconcelos, Lugones, Trump, Bolsonaro, etc. La distribución de estos nombres se da mayormente entre el núcleo irradiador de Italia y Alemania y las concordancias con movimientos y discursos rastreados en Latinoamérica, Europa del Este, Asia y África. En esta proliferación de discursos asociados a nombres, el autor consigue plasmar una contradictoria y estructural concepción de la verdad de los protagonistas: la verdad que proclaman los defensores del fascismo (defensores y activos productores) en realidad se funda en una fe ciega en el desvelamiento de una verdad mítica (o sagrada en su corriente latinoamericana). Esa verdad sagrada no coincide con la realidad, pero el universo fascista de acción prescinde de la realidad en la expresión y construcción de un nuevo mundo violento que, tras su acción, coincide con ese presupuesto mítico.

El fascismo, entonces, se define en torno a dos ejes conceptuales. Por un lado, como un fenómeno histórico transnacional que representó una política antidemocrática, violenta y racista que afectó a lugares diversos y distantes desde Japón a Argentina y que se plasmó con diversos nombres tales como nazismo en Alemania, Integralismo en Brasil, etc. (p. 33). Por otra parte, como un tipo de política cuya organización se funda en la problemática concepción de la verdad como algo ajeno a los hechos empíricos de la realidad y cercano a una suerte de revelación trascendental.

En este sentido, el autor se mantiene en la concepción arendtiana respecto a una legitimidad que se autoafirma y que acepta la ilegalidad como vía de acción. Ahora bien, los matices respecto a este enfoque se acumulan mediante el procedimiento acumulativo: argumentos de Adorno, Horkheimer, Derrida, Freud, Borges, Mariátegui son contrapuestos a fragmentos discursivos del "fascismo" diseminados en diarios, obras literarias, manifiestos políticos, etc. El objetivo de tal proceder: argumentar que la noción de verdad y mentira del fascismo se teje con elementos míticos, sentimentales y destructivos que se anudan en una adhesión incondicional a un líder que encarnaría lo deseable y lo verdadero.

Esos dos aspectos del fascismo se articulan con la idea de una continuidad entre el populismo (los ejemplos más citados son los de Trump y Bolsonaro) y el fascismo, que el autor defendió anteriormente (Finchelstein, 2018). El nudo de esta trama es la figura del líder como encarnación de esa voluntad (o como plasmador de aquello que se esconde en el inconsciente) en el fascismo (p. 82) y, en el populismo, como entidad investida ideológicamente mediante el plebiscito (p. 103). En ese

sentido, el líder es un elemento más de la trinidad política —completada por el «pueblo» y la «nación»— que funciona como fuente de legitimación y refuerza la personificación como forma de representación política (p. 104). El populismo sería así, una actualización política del fascismo derrotado que aceptaría la democracia como vía de confirmación del líder (cosa que lo distingue de aquél), pero que repetiría la obstinación de «torcer el registro histórico» y «jugar con la memoria de las víctimas» con el objetivo de obtener un fin político (p. 99).

De este modo, ideas tales como la concepción de la modernidad como un proceso creciente de subordinación de la verdad al poder (p. 16 y p. 36); la sustanciación ideológica producida en el líder mediante su identificación en las expectativas de los seguidores (o en la proyección de los deseos destructivos del líder fascista bajo la forma de una operación de satisfacción de los deseos destructivos reprimidos de sus adeptos) (p. 96), se enlazan con la figura del líder y dan forma a la mentira que se explica en el texto como componente fundamental del fascismo.

Bajo esta torsión mítico-ideológica, el fascismo configuró un amplio arco de principios que fijaron una primacía de varios conceptos problemáticos: la infalibilidad del líder (cap. 5), la revelación por medio de la acción y el rechazo del conocimiento científico (cap. 3 y 6), la reescritura de la historia (cap. 1 y 2), el rellenado del Inconsciente con contenidos míticos y principios racistas (cap. 7 y 8) y la afirmación de la dictadura como forma verdadera y pura de la democracia (cap. 9 y10). En todos estos ejes se repite lo que el título nos anticipaba: la mentira como táctica principal de organización de elementos heterogéneos y, también como resultante de las prácticas políticas descriptas.

Como ha sido dicho, el libro tiene el propósito de diagramar una idea o una reflexión que sirva para analizar el presente mediante el hallazgo de una continuidad en la concepción de la verdad del fascismo con los postulados de líderes populistas actuales en sus intervenciones públicas. Pero la manera de llevarlo a cabo (una aglutinación repetitiva de ejemplos valorados como simple falsedad o negación de la realidad) hace que ese objetivo fracase. Finchelstein une la concepción de la verdad fascista con el postulado que estaría encarnando Donald Trump en sus intervenciones públicas mediante la proliferación de *Fake News*, y también con la creencia de su triunfo como un designio divino. Luego, refuerza esa continuidad en analogías con frases de Juan Domingo Perón en las que éste se presenta como alguien que se sentía un "elegido" sagrado (p. 105) y con la figura de Bolsonaro en su reivindicación de dictaduras pasadas en las que miente respecto a lo sangrientas que fueron (pp. 106-108). Este tipo de procedimiento hace naufragar el proyecto de no trabajar con «tipos ideales» (como habría hecho Arendt), sino con «figuras reales, históricamente documentadas» (p. 43) que el autor dice cumplir.

Así, el rasgo expositivo imperante en el libro (una yuxtaposición de síntesis de argumentos detectados en textos históricos puestos al servicio de divulgar el resultado de investigaciones realizadas por el autor) desemboca en la simplificación de varias cuestiones, entre las cuales la más descollante es justamente la Mentira. El disparador del libro es el de destacar que la consigna, atribuida a Goebbels, de repetir una mentira, en realidad no pertenece a él. Goebbels sería así una víctima de sus mentiras que acaba creyéndolas (p. 14). El problema aquí es que alguien que cree en lo que dice es difícilmente caracterizable como mentiroso. Si a esto le agregamos que todo el libro vuelve siempre a esta afirmación, comprendemos que el conjunto de la exposición

acaba por cerrarse en un gesto clasificatorio de mentirosos que creen lo que dicen, por una parte, y de la realidad y la convivencia democrática como realidades objetivas a las cuales los fascistas no tuvieron acceso debido a la consolidación de su creencia, por la otra. Esta afirmación quizás no sea completamente ajena a la verdad, pero adhiere a una visión que, casi al finalizar el libro, se dice combatir: presentar a los líderes como «embusteros ridículos».

> La idea equivocada de que los líderes fascistas están trastornados también contribuyó, erróneamente, a separar a los líderes "anormales" de sus seguidores, supuestamente confundidos pero sanos. Y divorció la ideología política, incluidos el racismo y el antisemitismo, así como las mentiras fascistas, del análisis político (p. 110).

De este modo, el hecho de que las comparaciones respondan a simples asociaciones sintagmáticas, que atraviesan el planeta Tierra y las distintas etapas históricas, debilita la realidad de esos sujetos que pretenden describir. Es decir, aunque se trate de un libro de historia, el autor no consigue elaborar un relato histórico. No se habla de ninguna vinculación económica con el desarrollo del fascismo. Tampoco se establece ninguna atribución posicional dentro del sistema político respecto al pueblo manipulado o el pueblo al que el fascismo vendría a representar. El papel asignado al mito en la construcción de la verdad puede favorecer esas ausencias. Pero al no dar una definición seria ni elaborada de lo que es un mito, de lo que es la verdad, de lo que es la democracia, la conciencia, la inconsciencia, ni de lo que es un ciudadano, su proyecto se cierra en supuestos abstractos cuya única entidad es ser lo opuesto a la mentira, a la dictadura, etc. Dicho de otro modo, las premisas que maneja Finchelstein lo arrastran a la elaboración de figuras puras que sólo pueden comprenderse en su concreción histórica recurriendo a las partes ausentes en su texto: los archivos, los libros de los pensadores citados, etc. De esta manera, los trazos gruesos con que son caracterizadas ciertas estructuras sociales, políticas y económicas, convierten a esta *Breve historia de la mentira* en una obra con más similitudes a una *Historia Universal de la Infamia,* al estilo borgiano, que a un libro de Historia del presente. Con ello, todo el potencial del texto relacionado con una contribución a un combate contra la eficacia de la mentira en el campo político queda bloqueado.

En un cuento de Borges un detective responde: «– Posible, pero no interesante. Usted replicará que la realidad no tiene la menor obligación de ser interesante, pero no las hipótesis» (Borges, 1998, p. 155) Sabemos que esta afirmación pertenece a una suerte de parodia de la figura del detective dentro del género policial, sin embargo, pensamos que es aplicable al libro que reseñamos. El mismo Borges es incluido en él como un lúcido intelectual que denunciaba el ascenso de los fascismos, pero sin ningún tipo de matiz o denuncia respecto a su silencio ante la persecución política, la tortura y la desaparición de personas realizada por los distintos regímenes militares (que, en casi todos los casos, contaron con el apoyo de liberales y antipopulistas y que Finchelstein nunca menciona como continuidad del fascismo en Argentina). Lo mismo puede decirse del tratamiento de la figura de Sarmiento.

Finchelstein destaca que Virginio Filippo se apropiaba de la popularidad del discurso de Sarmiento —borrando su condición de precursor del liberalismo nacional argentino— para denunciar una invasión judía de Argentina en el año 1939 (p. 47). Al definirlo como un simple liberal, Finchelstein desatiende varios elementos problemáticos del pensamiento de Sarmiento y también del liberalismo argentino. Por ejemplo, no se añade nada acerca del protagonismo que tuvo el pensamiento del sanjuanino en la

"Guerra contra el Indio" (curiosamente popularizada como *Campaña o Conquista del Desierto*) o en la masacre realizada por Argentina, Uruguay y Brasil en la guerra Guasú. Estas omisiones hacen imposible la eficacia del libro ante lectores que cuenten con esta información sobre la forma de configuración del Otro como un obstáculo a ser erradicado en nombre de la civilización o del progreso.

La denuncia de ausencias numerosas o falta de desarrollo suele derivar en una forma de dinamitar una argumentación a sabiendas de que la tarea de incluir la totalidad de los ejemplos es imposible. Esta reseña no persigue tal fin, sino el de afirmar que, para defender la tesis principal del libro, debería producirse un importante enriquecimiento de miras. Así, puede que los mentirosos, al ir consiguiendo triunfos, quizás acaben creyendo sus mentiras o, quizás, simplemente puedan triunfar por tomar *a priori* unos principios arrasadores que les sirven para acabar sometiendo la verdad a la fuerza. Pero debe estudiarse qué elementos estructurales son los que aportan fuerza a esos movimientos, qué sectores permiten el ascenso de personajes que falsean información y refuerzan estereotipos que estigmatizan a millones de personas, y qué sectores y discursos colaboran en el mantenimiento de estas facciones en el poder.

Es decir, la hipótesis del libro debería hacerse más interesante, menos esquemática. Tratar verdades como mentiras y mentiras como verdades apelando a una noción de verdad trascendental, que solamente es recuperable mediante la encarnación en el líder de elementos y voluntades ocultas en el pueblo, consiste en una concepción que (además de la creencia ciega o distorsionada), es algo que se apoya en el refortalecimiento de ciertos elementos identificatorios que prometen mantener o crear un cierto «privilegio» social, racial, económico, sexual o jurídico. En el libro de Finchelstein esos privilegios no son abordados, es más: en muchas ocasiones son borrados de una manera funcional a su reafirmación. Así, el privilegio de ser blanco en EEUU, en Argentina (pero también en Chile, Bolivia, Brasil, Argentina, Venezuela, Colombia), el privilegio de ser hombre en el mundo entero, el privilegio de tener una voz propia en el terreno público, tener derechos jurídicos, etc. no son enfatizados, dando lugar a muchas equiparaciones problemáticas entre fascismos de países subalternos y fascismos imperiales. Lo mismo podría decirse de los populismos:

> A escala global, la mitificación trumpista tiene una historia que incluye a líderes fascistas como Franco y Hitler y populistas como Juan Perón en la Argentina y Getulio Vargas en Brasil en el período de la temprana posguerra y, más recientemente, Hugo Chávez y Nicolás Maduro en Venezuela entre los segundos. (…) Igual que los fascistas, los populistas sustituyen la verdad histórica por falsas ideas sobre un pasado glorioso que sus líderes prometen revivir (p. 112).

Alimentar la continuidad ideológica entre políticos como Chávez o Perón con líderes como Trump y Bolsonaro sin mencionar los apoyos o privilegios de los que disponen cada uno, ni tampoco el tipo de "verdad" que encarnarían (el tipo de práctica política que llevaron a cabo) es caer en un formalismo imperdonable en un historiador. Así, las omisiones que adhieren a una cierta hegemonía informativa (y publicitaria) cierran las posibilidades analíticas del texto en el terreno histórico y político y lo transforman en una variación narrativa repleta de condenas morales. Este aspecto puede comprenderse con claridad atendiendo a lo siguiente: a lo largo del libro no se menciona ni una vez el golpe de Estado en Bolivia y la presentación del mismo como una "renuncia" en la mayoría de medios periodísticos de Estados democráticos;

las persecuciones políticas (que coincidieron en buena parte con lo que Finchelstein y la opinión pública presenta como democracia plural) que precedieron al triunfo de Bolsonaro; la buena recepción que tuvo la autoproclamación de presidente de Venezuela de Juan Guaidó en la mayoría de democracias occidentales; las persecuciones políticas de Mauricio Macri en la Argentina, la asfixia de democracias populares a lo largo del siglo XX, etc. No mencionar tales hechos contribuye a mantener una perspectiva ideológica que inevitablemente necesita de la caracterización de locos, mentirosos, malos y bárbaros para entender los impactos desagradables y peligrosos del devenir histórico y desintegra la posibilidad de pensar la relación entre el poder y la verdad en este tiempo. Justamente, centrar el foco en las figuras de Trump, Narendra Modi y Bolsonaro no parecen ser gestos que contribuyan a entender ni combatir la imbricación de poder, lógica mercantil, éxito y verdad de una época en la que el neoliberalismo consigue conectar elementos heterogéneos y ponerlos al servicio de una expansión ilimitada del capital.

Referencias

Borges, J. L. (1998 [1941]). *Ficciones.* Alianza.

Finchelstein, F. (2018). *Del fascismo al populismo en la historia*. Taurus.

Finchelstein, F. (2021). *Breve historia de la mentira fascista.* Taurus.

Fernández Riquelme, Pedro. (2022). *El discurso reaccionario de la derecha española. De Donoso Cortés a Vox*. Sevilla: Doble J. ISBN: 978-84-96875-75-3.
Reseñado por: Javier Noble Antas. *Universidad de Murcia (negrotaita@hotmail.com)*.
Recibida: 05/04/22. Aceptada: 20/04/22

El libro *El discurso reaccionario de la derecha española* constituye un ejercicio en el que el trabajo con distintas herramientas de las diversas ciencias sociales se pone al servicio de un análisis concreto de los rasgos distintivos de lo que se denominará discurso reaccionario en la realidad política española desde el siglo XIX hasta nuestros días. Como bien sabemos, el análisis del discurso cuenta con la problemática de identificar cuestiones ideológicas siendo que la ideología misma es un concepto escurridizo y envolvente. El libro en cuestión solventa estos problemas intentando recuperar de una manera honesta y lúcida los elementos académicos disponibles. Así, se apunta en el prólogo que en este texto es la perspectiva del lenguaje como discurso, es decir, como realidad material dotada de sentido, la que prima sobre otros enfoques posibles como la lingüística histórico-comparativa o el estructuralismo. De este modo, el trabajo al que nos enfrentamos aporta elementos concretos que sirven para hallar continuidades en un tipo de lógica discursiva que gobierna el discurso reaccionario. No debe olvidarse que la caracterización de lo reaccionario proviene de la identificación de un tipo de movimiento dirigido a restablecer un orden de cosas que fue alterado (p. ii). Esto arroja la designación de reaccionario a un terreno en el que debe exigirse un estado de hechos en el que el movimiento contra el que se reacciona no se haya producido. Ese momento que siempre parece constituirse como un punto de partida es justamente aquello que en todo proceso de significación y resignificación aparece como inaprehensible, como exceso e imposibilidad. La acción de estabilizar esa fuga incesante mediante operaciones discursivas constituye el acto de lucha política por excelencia. En este sentido, la tesis principal del libro es esperable: el discurso reaccionario de la actualidad se nutre de categorías del pasado con el fin de revitalizar una identidad política cerrada, anclada en una pureza ficcional o mítica del pasado. La fundamentación de un ejercicio de estas características se halla en la necesaria intervención del análisis y la reflexión en cuestiones que atañen a la realidad que nos circunda intentando dotarla de elementos teóricos, científicos y objetivos.

Para cumplir con dicho fin, el autor toma los elementos teóricos de la obra de Rossi-Landi que definen la ideología como una práctica discursiva en la que la sociedad ejerce una justificación y proyección de su forma de reproducción y que se distribuye en dos tendencias: la reaccionaria- conservadora y la innovadora revolucionaria (p. vii). Con ello, y agregando el concepto de punto nodal, es decir un punto desde el que se hegemonizan y articulan elementos heterogéneos, se distinguen condensaciones de significado orientadas a desacreditar o repudiar aquello contra lo que se reacciona y estabilizar lo que "debe ser defendido". A lo largo del libro se exponen análisis de fragmentos discursivos de los que el autor extrae elementos de significación que se mueven dentro del terreno comunicacional convencional y no convencional. Dicho de otro modo: el discurso analizado se explica como un movimiento en el que las correspondencias constantes entre señales y mensajes es operado por intervenciones en las que el emisor atrae la atención

sobre algún dato particular con el fin de que el receptor infiera aquello que se quiere significar (p. 115). Esta conceptualización pragmática del lenguaje se despliega en un recorrido por momentos discursivos de la historia española en los que los efectos de desplazamientos semánticos de determinados términos testimonian un cierto tipo de distribución política de los agentes sociales en pugna. Así, las condensaciones de formas no convencionales en convencionales expresan el éxito de un cierto ejercicio del poder en la construcción de un significado en torno a ejes tales como nación, patria, tradición, religiosidad, espiritualidad, etc. No debe olvidarse que la articulación en torno a un punto nodal podría definirse como la construcción precaria e inestable de una identidad política mediante la subversión de órdenes de significación. La particularidad del discurso reaccionario sería entonces la de no asumir esa precariedad e inestabilidad que lo político supone. Una de las riquezas del libro es la de exponer, con precisiones obtenidas por la vía de un trabajo arduo y riguroso de datos históricos, la irrupción de operaciones discursivo-pragmáticas en conexión con los elementos materiales de su realidad histórica.

De esta manera, el anclaje de la posición de los emisores, la identificación de los que dominan los mecanismos de circulación de los discursos y la situación de quienes lo reciben son elementos fundamentales que van dotándose de contenido mediante una exposición y análisis de fragmentos discursivos contextualizados en su materialidad histórica en los nueve capítulos de los que dispone el libro.

En el primero de ellos, se anuncia que la operación discursiva por excelencia es la de combatir la ideología innovadora-revolucionaria mediante la fijación de una entidad cerrada, pura y no abierta a ninguna contaminación de la hetero-geneidad social. Tal operación es la que provee al discurso reaccionario español de los términos necesarios para construir el escenario de una lucha contra la irrupción de elementos provenientes de la Ilustración. La raíz de este movimien-to puede detectarse en el art. 12 de la Constitución de 1812 en el que se establece que «La religión de la Nación española es y será perpetuamente la católica, apostólica y romana, como única y verdadera».

Según expone el autor, el hecho de que la religión católica haya sido utilizado como cimiento de la nación en el mismo momento en el que se producía una ruptura con el Antiguo Régimen, explica el constante retorno del discurso reaccionario a la fuente de la religiosidad, el antigualitarismo y el irracionalismo sentimental como formas heterogéneas de la homogeneidad nacional. En el segundo capítulo, se analiza el modo en el que la disputa en torno a la corona española tomó la forma de una Teología política en la que el líder cumple con la misión de guiar a la nación y obtiene su sentido dentro de una Filosofía de la Historia Española contrarrevolucionaria cuyo patrón de sentido deriva del providencialismo (p. 43). Estas claves provienen del pensamiento de Donoso Cortés y su ataque al liberalismo y al parlamentarismo como síntomas de una plaga caótica que se propaga por Europa y que no son más que la exacerbación de los efectos del proceso de secularización que se inaugura en la modernidad. De este modo, el pensamiento reaccionario español se organiza en torno a las nociones de ley natural y constitución histórica provenientes del clasicismo católico. La figura de Menéndez Pelayo desempeña el papel de dar cohesión al pensamiento de Donoso Cortés con el impulso histórico desatado tras *La gloriosa* dentro de la lógica de un Nacional-catolicismo. Así, la noción de «unidad de creencia» es entendida como el fundamento preexistente a la «unidad

de opiniones y sentimientos» que se esgrimen como realidad nacional amenazada por la irrupción de la innovación perniciosa de afrancesados y revolucionarios (p. 46 y ss.). De este modo, la labor de ridiculización y estigmatización de *lo heterodoxo* en la obra de Menéndez Pelayo aparece como lazo que, además de estabilizar y cohesionar el discurso reaccionario del principio del siglo XIX, se proyecta como puente hacia la generación del 98 y del 27. Los capítulos tercero y cuarto se dedican al análisis de los diferentes debates producidos alrededor de la crisis de identidad española tras la pérdida de Cuba y el desastre de Annual. El quinto es dedicado a la figura de Maeztu y el tipo de significado que adquiere la noción de espíritu nacional y de *hispanidad* como dispositivo de un sentido común que gobernará toda forma de oposición a las opciones republicanas tanto en los convulsos años treinta como en las décadas siguientes. La contraposición entre espíritu versus materialismo, patriotas versus antipatriotas, moral versus crimen, junto a la idea de culminación de un proceso histórico (p. 86) marcan los pares dicotómicos que organizan la reacción contra la Segunda República y se extienden como estabilizadores a lo largo de la dictadura franquista. En el séptimo capítulo, Fernández Riquelme repasa los debates acontecidos en la etapa de transición hacia la democracia. La figura de Fernández de la Mora, analizadas en el capítulo sexto, adquiere particular relevancia para explicar un desplazamiento del discurso del «Nacionalcatolicismo de Estado» hacia un «Nacionalcatolicismo de la reconciliación» y de un Realismo político en clave nacional hacia un Realismo político capitalista (pp. 96-98). Estos dos desplazamientos repercuten en la consolidación de una concepción de la política que, separándose de la justicia y la equidad, se constituye como ejercicio pragmático de consenso en la acción de olvidar (como se ve con claridad en el análisis del discurso del portavoz del PNV, Xabier Arzallus, en el Congreso de los Diputados el 14 de septiembre de 1977, p. 103) dentro del proceso constituyente. Además de esto, tales desplazamientos dan lugar al tipo de configuración del discurso que se produce en los años noventa a través de la explotación de una cultura mediática en la que los ejes izquierda-derecha son intervenidos por una lógica "anti-estatalista" y difamadora del sector público y posibilitan la continuidad del discurso reaccionario en la reivindicación de privilegios asumidos como méritos. Es en este punto en donde se establece un núcleo importante de la tesis del libro: la idea de que los poderes de los agentes que emiten y configuran el discurso ideológico cuentan con una situación que puja por la permanencia o ampliación de sus privilegios en el sentido de estar privados o fuera del alcance de lo que la ley exige.

Los dos últimos capítulos rompen el flujo cronológico y se dedican a analizar las claves discursivas del posfascismo y de la nueva derecha soberanista encarnada en Vox. Decimos que se rompe el orden cronológico porque en ambos el autor pone en juego todos los elementos discursivos analizados hasta el momento al servicio de pensar posibilidades clasificatorias y ordenadoras del discurso político español contemporáneo desde las continuidades y consecuencias del discurso reaccionario. En este contexto, el autor trabaja con fragmentos de teorías sociopolíticas de numerosos autores (Traverso, Adorno, Fisher, Alemán, Villacañas, Franzé, Hirschman, Forti, etc.) con el fin de analizar el discurso reaccionario en un contexto en el que las categorías políticas se hacen muy escurridizas. La dificultad de precisar qué cosa es el posfascismo, el neofascismo, el fascismo y lo que se denomina populismo de derecha

representa el núcleo de un trabajo como el que reseñamos: el tipo de ordenamiento que se haga de estos nombres depende de la eficacia discursiva en el reparto de lo social a la que se llegue mediante el ejercicio de la enunciación. En esta batalla no está ausente el tipo de proyección discursiva que proviene de los sectores e intelectuales asociados a lo que clásicamente se denomina izquierda. Justamente las tensiones respecto al tipo de actor político al que se apela en un discurso de izquierda repercuten en las posibilidades de ampliación y eficacia del discurso reaccionario. Por ejemplo, la puja contra el liberalismo que históricamente desempeñó la izquierda es determinante de varios elementos que en la actualidad se condensan en un significado negativo de la pluralidad, diversidad democrática e incluso diversidad étnica, sexual, cultural y religiosa. Por otra parte, el abandono de la categoría de clase para apelar a la base social de la izquierda permitió la disputa de la extrema derecha de sectores obreros que históricamente adherían a los partidos de centroizquierda e izquierda. En este contexto, quizás la dificultad mayor reside justamente en mantener fijadas las posiciones de izquierda y derecha en clave soberanista o internacionalista. En el capítulo octavo, el autor, además de posicionarse respecto a estos debates teóricos sobre el tipo de configuración del discurso progresista, describe el camino recorrido por un discurso que se presentó como soberanista y que, poco a poco, intenta permear en el mundo sindical. La estrategia de Vox de introducirse en el terreno sindical es presentada a la luz de las similitudes discursivas que mantiene con lo acontecido en las primeras décadas del siglo XX en la estrategia de Ledesma y las JONS analizada en el sexto capítulo. Aquí, el hecho destacable es el siguiente: el discurso soberanista de Vox carecía de los elementos obreristas que sí se detectaban en formaciones similares en países como Francia e Italia (p. 117). Esto es lo que explica la conformación del sindicato Solidaridad y los giros estratégicos que intentan interpelar a los sectores obreros de la sociedad, abstrayéndolos de su posición socioeconómica.

Ahora bien, el mérito de la obra es el de elaborar un desarrollo coherente en el que la concreción del discurso dentro de la política española aporta rasgos distintivos del discurso reaccionario de Vox respecto a otros grupos políticos europeos mediante continuidades del discurso nacionalcatólico de la historia española. Dicho de otra manera: Fernández Riquelme expone una amplia muestra de discursos públicos en los que los ingredientes reaccionarios concernientes a la defensa de privilegios (como forma enemiga de la igualdad) y la xenofobia (como forma de conservación de una identidad nacional y religiosa) aparecen como efectos de corte y oposición al proceso de ampliación de derechos y asunción de la heterogeneidad social. Las propuestas de Vox coinciden con las atribuidas por Adorno, en 1967, a las nuevas derechas (p. 97). Lo llamativo es que después de varias décadas, en un contexto en el que el neoliberalismo produjo grandes estragos, la irrupción de estas nuevas derechas pasa a resignificar nociones que parecían caducas y a explotar las posibilidades legales otorgadas por el orden democrático en el que intervienen. En este punto, la reactivación de la Reconquista como momento fundacional de la identidad nacional y la estigmatización de la "ideología de género" como resultado de una corrupción moral atribuida a los progres/buenistas/dialoguistas (p. 177) es explicada por el autor mediante los términos de «retrodiscurso» y «retroaccionario» (p. 171). Con ellos se ilustra la dirección y el contenido del discurso de Vox: una práctica discursiva

que apunta a restituir un orden pasado a través de una reacción ante irrupciones también pretéritas con el fin de preservar un tipo de identidad española que solamente puede ser recuperada mediante la aceptación de realidades inexistentes mitificadas. Dicho de otra manera, el discurso de Vox apunta hacia el pasado y sus enunciados son reacciones a innovaciones acontecidas en un pasado lejano. En esta reacción flotan, resuenan y reaparecen partículas discursivo-ideológicas provenientes de todo el proceso histórico examinado en este trabajo: las conspiraciones múltiples que se esgrimieron como fundamento de la reacción necesaria de la unidad nacional —la reacción contra la Ilustración y los afrancesados, contra los ideales judeo-masónicos, contra los liberales, contra el comunismo y el anarquismo, etc.—, se reactualizan en una lucha contra independentistas, bolivarianos, abortistas, "ideólogos de género", etc. La conspiración sería, así, el hilo que ata elementos heterogéneos del terreno social, económico y político de un modo en que el desplazamiento de significados construye el enemigo dentro de un campo semántico de violencia. La recepción e interpretación de los términos como "dialoguismo" y "buenismo", que en principio eran tratados como simples expresiones de un idealismo inocente, pasan a formar parte de un complot antiespañol ("consenso progre") que amenaza el espíritu nacional (p. 181). La posibilidad de elaborar tal denuncia proviene de otra constante del discurso reaccionario: la oposición de lo inmaterial ante las materialidades. Es justamente desde esta preeminencia de lo inmaterial-inalterable que el pasado del "retrodiscurso" de Vox adquiere tintes míticos de un orden deseable ante un caos amenazador. De este modo «Vox sería un garante autoritario por encima de este sistema de democracia liberal» que, en lugar de cumplir con el precepto de asegurar el futuro que Adorno le atribuía a la nueva derecha en 1967,

> pretende crear una nueva España viajando en el tiempo a un pasado mitificado, lo que en el fondo sería una continuación histórica de la vieja España versión 2.0 (p. 97).

Sáez Rueda, Luis (2021). *Tierra y destino*. Barcelona: Herder. ISBN: 978-84-254-4730-3.
Reseñado por: María García Pérez. Universitat Oberta de Catalunya.
Recibida: 10/02/2022. Aceptada: 11/02/2022

Tierra y destino es la tercera parte de la magistral investigación iniciada por el filósofo Luis Sáez Rueda con dos publicaciones anteriores: *Ser Errático. Una ontología crítica de la sociedad* (2009) y *El ocaso de Occidente* (2015). Aunque se lee de forma independiente sin problema alguno, el pensador granadino retoma y profundiza allí los temas y tesis principales que ya estaban en las dos obras mencionadas: ontología, filosofía de la naturaleza, antropología, crítica del presente y teoría del poder, se entrecruzan para darnos una mirada amplia y compleja del ser del humano como tensión entre lo *céntrico* y lo *excéntrico.* Pero, también, para establecer un análisis sintomatológico acerca de las crisis que hoy nos acechan y parecen conducirnos, inexorables, al colapso de eso que podemos denominar mundo humano. Más detenidamente, Sáez sostiene que entre la dimensión *centrada*, inmersa en las cosas, y la dimensión *excéntrica*, cuya luminaria consiste en un extrañamiento fundamental capaz de cuestionar acerca del porqué de esas mismas cosas entre las que habitamos, de los fenómenos tal cual los comprendemos y tal cual nos afectan, y, por tanto, de abrir a nuevos sentidos y nuevos afectos por venir, se despliega la urdimbre que posibilita nuestro estar y nuestro ser. Tensión que en su desequilibrio lleva a patologías de civilización y a un ocaso que genera no pocos malestares. Ahora bien, al mismo tiempo, como envés de este ocaso, de este declinar del porvenir, el filósofo nos da a vislumbrar sus posibles auroras. En el caso de esta última obra, como vamos a ver, dichas auroras tendrán que ver, en clave *ontoecológica*, con la propuesta de un viraje necesario respecto del modo de relacionarnos con la Tierra que hemos venido desarrollando, sobre todo, desde la modernidad y que, ni siquiera ahora, con la crisis climática en ciernes, hemos conseguido efectuar.

Tal y como explica el autor, la tensión *centricidad-excentricidad* como índole errática (2009) del ser humano es condición última de la contextura cultural de Occidente y su mundialización. Radicado y al mismo tiempo extraditado, es fontanal de *dynamis* en lo socio-político. Lo cultural-ontológico como conjunto (excéntrico y profundo) de problemas en movimiento, esto es, de interrogantes acerca del significado de lo ente, cristaliza a cada paso en instituciones que recogen, a modo de solución provisional, dicha problematicidad, configurando el suelo socio-político (céntrico y de superficie) sobre el que caminamos. Un suelo sin otro fundamento que esa interrogación infinita que nos arranca de las seguridades construidas al mismo tiempo que las hace posibles en su apertura *auto-alterante*. La consecuencia es clara: para saber dónde y cómo estamos, y, por tanto, para engendrar otros modos posibles de ser y de hacer, no basta con detenernos a examinar los caminos de lo dado, lo que sucede en la toma de decisiones humanas diarias y sus consecuencias (éticas, económicas, políticas, ecológicas). Ellas son sólo la superficie, la punta de iceberg que esconde movimientos abismales de aquella dupla *céntrico-excéntrica* antes descrita. ¿Hemos abandonado la excentricidad? ¿ha enflaquecido o se nos ha sustraído ese fondo cuestionante que ilumina porvenires? ¿Cómo y por qué? ¿qué implica entonces esta falta de apertura a la transformación y, por ende, al futuro?

Ahora bien, en esta reflexión hay múltiples capas, estratos que se

yuxtaponen para ofrecernos una visión del mundo, de su gestación y su devenir, que no sólo implican al humano. Potencias no humanas, potencias de la naturaleza, atraviesan la condición humana para explicarnos la totalidad de lo real como *gesta*, es decir, como auto-gestación *poiética* en lucha, además, contra las leyes férreas (que actúan como destinos ya en el campo natural). Con ello el libro defiende un fondo irreglable del ser, *ser-salvaje*, como diría Ponty y como trae el propio Sáez en su texto. Plus indomeñable que configura un mundo siempre naciente en y por sus diferencias vinculadas y productoras de más diferencia. Aquí Gilles Deleuze o Gilbert Simondon dan las claves para entender el substrato metaestable y caosmótico que hace y deshace eso que llamamos *Tierra*: nuestro hábitat y nuestra morada. Doble faz la de una Tierra, pues, que se despliega en la obra de Sáez Rueda; por un lado, como lugar reglado (reglas de la naturaleza, reglas morales, leyes del derecho, etc.), pero, por otro, también como auto-organización creadora que, para mantenerse, ha de guardar (en lucha) una distancia excéntrica respecto a la ley, sea esta de un tipo o de otro. De nuevo lo *céntrico* y lo *excéntrico*: aquello reglado a lo que atenernos (céntrico) y aquello autogestante (excéntrico) desde lo que transgredir y transformar.

Que al ser humano no le basta la mera supervivencia es algo que ya nos narró Nietzsche en su combate contra el darwinismo social. Algo no reductible a la necesidad y, así, a la adaptación requerida por el medio, nos aguijonea, más aún en la era de la muerte de Dios, esto es, de todo fundamento sobre el que hacer pie. A la necesidad en sentido amplio: la necesidad de adaptación al medio, como hemos dicho, y la necesidad como destino impuesto. Exceso de creación insurrecta que, sin embargo, ha sido convenientemente encauzado justamente hacia aquello frente a lo que se rebelaba. Puesto al servicio, por tanto, de esa misma necesidad que ahora se ve reforzada y de un destino del que no podemos zafarnos. He ahí nuestra *Infirmitas*: la enfermedad como desfallecimiento y claudicación. Pero, fundamentalmente, como ausencia de *Tierra*. Es justo aquí donde el enfoque del filósofo de Granada se posa sobre un problema actual urgente, en esa «agenda ecológica» que ya es motivo de angustias diversas y que nos sitúa ante la certeza de una amenaza de magnitudes casi inconcebibles. No obstante, su lugar de enunciación es intempestivo:

¿Qué es la *Tierra*? ¿Cómo y porqué la hemos perdido? ¿Qué implica dicha pérdida? La Tierra no es sólo el planeta en el que habitamos. No es el equivalente al hábitat del ser humano ahora en riesgo por el cambio climático, o sea, por la propia acción humana. La Tierra es, además, hogar. Una morada cualitativa que nos acoge, nos envuelve y nos atraviesa. Hogar *céntrico* y *excéntrico* a la vez. El libro de Luis Sáez Rueda, que bien podría encuadrarse en esto que ahora ha venido a llamarse Humanidades ambientales, nos habla del carácter híbrido, a lo Bruno Latour, de esta roca redonda y azul que sostiene nuestra vida y la del resto de especies animales y vegetales. Híbrido porque el hecho de que su carácter sea natural o cultural es absolutamente indecidible. De ahí una expresión fundamental en el libro: «*physis* cultural». Ella nos habla de un principio que se encuentra en ambos polos del dualismo, en la naturaleza y en lo cultural, y que no es otro que el principio de los principios: *lo irreglable* que engendra toda reglamentación. La Tierra es la nervadura de lo natural y lo cultural conjuntamente, entendidos como sustento autocreador, *autopoiético* e inmanente. Por tanto, es ambas cosas a la vez: hábitat natural de supervivencia y morada de sentidos, morada de moradas. A esta definición se ocupa la primera parte de la obra de Sáez Rueda. Sin ella, y este es uno de los puntos

fundamentales que sostiene el autor, el ecologismo queda engullido por aquello que pretende combatir: de un lado, la idea de nuestro planeta como simple medio para la vida humana, como mero recipiente que nos contiene en óptimas condiciones de conservación; de otro, la consiguiente defensa de la misma, de nuevo con sesgo antropocéntrico, la cual nos hace entenderla a ella como propiedad y a nosotros como sus propietarios. De fondo, el mantra del dominio y el progreso de los que aún no nos hemos librado y que justifican la depredación.

En definitiva, sin contemplar la dimensión cualitativa de la Tierra, su valor más allá de su utilidad y su instrumentación, seguiremos presos del mismo bucle que nos ha traído hasta este punto.

Pero, ¿dónde y cómo comenzó tal movimiento *autofágico*? (2015, pp. 198-219) Devorados por nosotros mismos, por una suerte de ceguera autoimpuesta, caminamos por sendas de las que nos es imposible salir. *Fuerzas ciegas*, este es el nombre dado por el filósofo a un perverso céfiro que nos arrastra sin remedio. En concreto, son tres que, entretejidas y reforzadas entre sí, nos dan el rostro completo de la inevitabilidad a lomos de la que cabalgamos sin poder detenerla: el capitalismo tal cual ha venido a desarrollarse hasta nuestra era, la racionalización procedimental y el espíritu de cálculo. Así, lejos del usual reduccionismo que achaca todos los males de la época al sistema productivo del capital globalizado, Sáez indaga más hondo para dar cuenta del trenzado invisible de estos tres poderes que nos aprieta y tira de nosotros. La reflexión saeziana nos enfrenta a la cuestión de una alienación global cuya génesis no se encuentra únicamente en el sistema productivo y financiarizado del capitalismo, porque sin una racionalidad instrumental que ha acabado por devorarlo todo y sin una tendencia a la hiperprocedimentación, así como sin el espíritu de cálculo, aquél no habría llegado a extenderse de forma tan intensa hasta acabar desplegando todo un *ethos agenésico* —incapaz de crear o dar a luz—, neutralizado en su capacidad autogestante, autotransformadora. Sin salida, estas tres fuerzas ciegas nombran al destino, puesto que constituyen una inercia inflexible hacia una «*ingeniería de lo salvaje*» (p.111), una *gestotecnia* que pretende «*reglamentar al poder de crear regla sin regla*» (Íbidem) a través de los diversos dispositivos en los que cristaliza. Domesticación de la *physis* —natural y cultural—, que no es otra cosa que su completo vaciamiento. En esto consiste la *Infirmitas,* en ese decaimiento de las potencias gestantes que nos deja abocados a la perpetua heteronomía, a la completa dependencia de los designios del fetichismo, de la instrumentalización y del control procedimental.

Infirmitas: Ausencia de lo problematizante que puja a encontrar nuevas respuestas. Abocados a la *centricidad*, sin un afuera desde el que plantar batalla, nos hemos tornado espectros, figuras fantasmáticas que moran en una realidad que ya no es la suya y en la que no pueden intervenir. Únicamente nos resta dejarnos arrastrar. Y es así que nos experimentamos en falta, sumidos en una deuda infinita imposible de pagar, que crece y crece en la medida en que todo es siempre "para" otra cosa. Cadena infinita que, además, nos arroja a una espera sin término. Nunca sucede nada, siempre esperamos otra cosa. Homogeneización de los acontecimientos bajo el patrón *agenésico*, todo lo que acaece responde al mismo vaciamiento: nihilismo. Pero un nihilismo del esperpento, comedia donde lo ridículo radica justamente en un «*entre-tiempo* vacío que se convierte en *pasa-tiempo*, en un dejar pasar las horas, los días, los años». Ilustrado con su interpretación de la obra *Esperando a Godot*, Sáez Rueda nos muestra este

camino de enajenado desasimiento por el que la *Infirmitas* se trueca finalmente en *Indignitas* (p. 189).

> El fenómeno de la transformación a través del devenir no constituye (…) algo accidental en la humanidad. Es su ser más profundo. La vida humana consiste en una gesta, en un proceso y un devenir que elabora su propia naturaleza. Ésta no es un punto de partida estable; es la presencia en lo humano de la naturaleza como *physis*, que es una potencia auto-alterante. La naturaleza humana es su gestarse, un dinamismo autogenerador y naciente (p.194).

¿Cómo recuperarlo? ¿Cómo reencontrarnos con la *Firmitas* y, así, con la *Dignitas*?

Ecologismo admirativo y *cosmopolitismo telúrico*, esta será la respuesta con la que el filósofo granadino culmina un libro desgarrador y luminoso. En el intersticio de estas dos nociones emerge la figura trágico-heroica del que sabe que no le queda otra que batallar contra aquello destinal, contra las fatalidades que esos dioses imponen y que, paradójicamente, él mismo ha provocado con la minuciosidad de los acaeceres de la historia de Occidente hasta llegar a nuestra era, la era de la *gestotecnia*. Una historia, pues, que ha de ser revertida y reiniciada incluso con el inquietante ahínco del que ve, como adivinaba Cassandra, los vaticinios de la calamidad.

Referencias

Sáez Rueda, L. (2021). *Tierra y destino*. Barcelona: Herder.

Sáez Rueda, L. (2015). *El ocaso de Occidente*. Barcelona: Herder.

Sáez Rueda, L. (2009). *Ser errático. Una ontología crítica de la sociedad*. Madrid: Trotta.

Moscoso, Javier (2021). *Historia del columpio.* Barcelona: Taurus. ISBN: 978-84-306-2221-4
Reseñado por: Edgar Straehle. Universidad de Barcelona.
Recibida: 08/05/2022. Aceptada: 17/05/2022

Historia del columpio de Javier Moscoso es una muy interesante y muy bella obra dedicada a un tema tan próximo y cotidiano como poco conocido en profundidad para muchos, entre los cuales ciertamente debo incluirme. Además, se debe decir que el libro no solo sirve para conocer mejor la historia de este singular objeto, gracias entre otras cosas a la apabullante cantidad de informaciones o a las numerosas ilustraciones que suministra, sino que también resulta de gran interés para interrogar nuestro pasado bajo este ángulo. El columpio aparece así como una suerte de nodo desde donde aterrizar en otros temas en apariencia ajenos. De ahí que con razón se afirme en el libro que no proporciona «una historia *de* la humanidad», pero sí una «sobre la humanidad». En este sentido, es encomiable cómo el autor tiene la capacidad de estirar del hilo de esta compleja, embrollada y poliédrica historia para ofrecer una visión transversal y distinta de nuestra cultura y de nuestro pasado. Y para mostrar, con todo ello, los grandes cambios, u oscilaciones, que ha habido en el pasado a la hora de comprender y valorar el columpio.

Ya nos avisa Javier Moscoso al principio del libro que «la historia del columpio es la historia de una resignificación» (p. 14), una que recorre este escrito desde una pluralidad de perspectivas y geografías que nos conducen a un final avanzado por el autor con estas palabras: «con este artefacto ha ocurrido lo que con otras tantas cosas despreciadas por los adultos: que acaban en las manos de los niños» (p. 14). Se podría decir que uno de los propósitos de este texto es recorrer inversamente el camino de esa decadencia y explorar la riqueza previa a esa especie de confinamiento contemporáneo al ámbito de la infancia. Por consiguiente, mediante este ejercicio de investigación se trataría de intentar deshacer ese prejuicio por el cual el columpio es visto en un gran número de ocasiones como «un instrumento que hoy nos parece irrelevante en su función y pueril en su desempeño» (p. 235), mientras que en el libro se reivindica por el contrario que

> sus usos históricos abarcan cosas tan dispares como la cura de enfermedades físicas y morales, el tratamiento de formas diversas de impotencia o la evitación de las conductas suicidas (pp. 235-236).

A la hora de la verdad, como se muestra a lo largo de sus páginas, esos usos son todavía más amplios y, por ejemplo, como en el famoso cuadro de Fragonard, no pocas veces conectan con la historia de las mujeres.

De hecho, se podría decir que el libro es algo más que lo estrictamente anticipado en el título, puesto que en realidad esconde dos obras distintas que Javier Moscoso ha tomado la determinación explicitada de unificar en un solo volumen. Por un lado, se estudia la historia de este conocido objeto desde un prisma que es descrito como una «arqueología de lo visible» y que se esfuerza por explorar la trascendencia histórica y cultural de las cosas cotidianas, lo que nos conduce a preguntarnos cuántos artefactos de nuestro alrededor pueden ocultar quizá una historia como la del columpio; por el otro lado, y no menos importante, lo que se tiene la voluntad de narrar es la historia de una experiencia. O, mejor dicho, en verdad se desgranan una serie de experiencias asociadas a este objeto y

que enlazan con cuestiones que no son solo lúdicas, sino también emocionales (se llegó a retratar el columpio en el pasado como «un refugio emocional»), terapéuticas (fue empleado, por ejemplo, para combatir el mareo del mar, tratar la tuberculosis o inducir el sueño) o, por supuesto, eróticas y/o sexuales (baste recordar la polisemia de un verbo como *se branler* en francés). Incluso se nos informa que también llegó a convertirse en un instrumento de tortura. O que se empleó para combatir la locura —según el médico inglés Joseph Mason Cox (1763-1818) el columpio podía ayudar a que a la razón «recuperase su propio balanceo»—. Por añadidura, esta diversidad de usos conecta a este objeto con una diversidad de geografías (y asimismo tiempos) tan distintos como los que van

> desde las cuevas budistas de Maharashtra a los rollos de mano de la corte de la China imperial, o desde las vasijas rojas y negras de la Grecia clásica al centro mismo de la ciudad de Bangkok (p. 236).

Por todo ello, y en contraste con el presente, se observa que el columpio fue en muchas ocasiones un objeto que no dejaba indiferente. Hubo partidarios del columpio que lo reivindicaron por sus diferentes virtudes o por los servicios que podía ofrecer, como los mencionados más arriba. Sin embargo, también tuvo sus detractores, quienes por ejemplo podían denunciar su posible peligrosidad. Al respecto, se explica en *Historia del columpio* que

> en el Diccionario de la conservación del hombre, una obra de carácter pedagógico publicada en 1796, su autor, un antiguo médico de la marina de nombre Louis-Charles-Henri Macquart, aseguraba que "el columpio es un juego muy peligroso que ha costado la vida, más de una vez, a quienes se arriesgan a subirse" (p. 166).

Esas críticas, además, se podían extender al mismo movimiento de la oscilación con el que se asociaba. De ahí que se explique que para un contemporáneo de Macquart como Alexander Hamilton,

> el mecimiento en la cuna de los más pequeños era un tipo de ejercicio que, aunque conocido desde antiguo, debería evitarse. Su uso solo tenía justificación en las grandes ciudades y en las estaciones invernales, es decir, en aquellos lugares o circunstancias en los que no hubiera posibilidad de pasear a los pequeños (p. 166).

Así pues, y yendo de nuevo más allá del título, el libro se embarca en una investigación donde la interrogación antropológica no deja de desempeñar un papel relevante. O donde también se arroja una honda mirada desde la historia de la ciencia y de la medicina, razón por la que cuestiones como la sensación del equilibrio o del vértigo, asociadas al movimiento oscilante del columpio, pasan a ser enfocadas a la luz de la experiencia de este objeto. Para acabar, se debe resaltar la complicada mirada mitológica, puesto que lo relevante en la historia del columpio no es solo su historia sino también los respectivos mitos, leyendas, narraciones o ficciones que le acompañan y le dan un sentido a la experiencia de balancearse. A fin de cuentas, la historia que aquí se presenta investiga por un lado la historia del columpio en conexión con el cuerpo, y con la corporeidad de la experiencia del balanceo. Sin embargo, y como Javier Moscoso ya hizo antes con su *Historia cultural del dolor* (2011), la escribe asimismo desde una perspectiva marcadamente cultural. Entre otras cosas, como aclara, porque ni las neurociencias ni la etología permiten explicar los elementos culturales del movimiento de oscilación que se asocia a este objeto y, en consecuencia, porque la acción de columpiarse también se hace de acuerdo con «valores, mitologías, prácticas, rituales y creencias compartidas» (p. 237).

En resumidas cuentas, *Historia del columpio* es a la postre una historia de

una saludable complejidad, una complejidad que al fin y al cabo no es otra que la complejidad misma de la humanidad y por la cual el hecho de columpiarse comparece como una escurridiza o poliédrica realidad histórica. Por ello mismo, esta recomendable y enriquecedora historia también sirve para recordarnos los muy diferentes e incluso imprevisibles usos (tanto prácticos como simbólicos) que se pueden hacer de muchos otros artefactos que quizá merecerían que alguien les dedicara una investigación semejante.